

## CON MOTIVO DE LA REAPARICION DE UNA REVISTA («Historische Zeitschrift») (\*)

**T**RAS más de cuatro años de interrumpida su publicación reaparece en abril de este año el primer cuaderno del tomo CLXIX de la *Historische Zeitschrift*, encuadrado en el trabajoso proceso de reconstrucción de la ciencia alemana. Como director firma el profesor Ludwig Dehio, perteneciente a la escuela de Friedrich Meinecke, director de los Archivos del Estado en Marburg, e hijo del conocido historiador del Arte, Georg Dehio. La sección de reseñas sigue, como hasta ahora, bajo la acreditada dirección del profesor Walther Kienast, quien después de perder su Cátedra en Graz es en la actualidad agregado a la Universidad de Francfort sobre el Meno.

La importancia de la *Historische Zeitschrift*, como uno de los órganos de mayor tradición en Alemania, y el interesante contenido de este nuevo cuaderno, fiel exponente de la postura intelectual de la ciencia histórica alemana frente a la total catástrofe nacional, pueden justificar un detenido estudio del mismo. Quien examine hoy la imponente colección de la *Historische Zeitschrift*, desde su fundación por Heinrich von Sybel en el año 1859, ve pasar ante sí casi un siglo de Historia alemana. Un lapso de tiempo de grandes y nobles esperanzas puestas en la renovación de la vida nacional y lleno de la más profunda tragedia humana y nacional.

En Alemania, de 1850 a 1860, después del fracaso de las esperanzas políticas puestas en la Asamblea Nacional de la Paulskirche de Francfort, llegó una época de concentración inter-

---

(\*) *Historische Zeitschrift*, publicada por Ludwig Dehio, tomo CLXIX, cuaderno 1.º, 230 págs., de la Editorial Leibniz, de Munich, sucesores de R. Oldnbourg.

na, en la que los elementos liberales y conservadores, hasta entonces antagónicos, se influenciaron mutuamente y llegaron a fundir sus puntos de vista en política estatal. En las obras de Mommsen, Duncker, Waitz, Giesebrecht, Droysen, Häusser y Sybel, la joven ciencia histórica alemana entró en íntimo contacto con el movimiento político nacional de la época. La *Historische Zeitschrift*, fundada por Sybel, fué el órgano de esta generación de historiógrafos alemanes, que por la analogía de su formación científica como discípulos de Niebuhr y Ranke, por la comunidad de sus ideales morales y de su objetivo en la política nacional se sentían estrechamente ligados. Frente a la objetividad de exposición de la Historia universal por Ranke, fué Heinrich von Sybel quien, como iniciador de la interpretación política de la Historia, dió a ésta nueva actualidad mediante la estrecha unión de la ciencia histórica con la vida de la nación. Sybel sabíase identificado con los más importantes de sus colegas en la especialidad, en su anhelo de «situar su obra histórica, fundada en la crítica más rigurosa, en la corriente de la atmósfera nacional libre, y no en un pequeño museo para los elegidos». Sobre esta comunidad de orientación de la ciencia y lo nacional fundó Sybel su Revista. La nueva Revista debía ayudar a obtener la victoria de la libertad de investigación histórica sobre las influencias anticientíficas de la época, y mediante el fomento de las vivas relaciones del pasado con el presente influir sobre «vida, opinión pública y cultura general».

Sobre estos principios logró la *Historische Zeitschrift* alcanzar tan destacada situación en los decenios de la lucha por el nuevo Estado nacional alemán y de los prometedores comienzos del Imperio de Bismarck. Apenas si falta en sus páginas un solo nombre de los grandes e importantes de la ciencia histórica alemana del siglo XIX.

Uno de los trágicos efectos de la política interior alemana fué que precisamente ésta, en su día tan fructífera «simbiosis de la ciencia con la política nacional, empezó a funcionar imperfectamente desde 1871» (Meinecke). El ya envejecido Sybel vió con preocupación el relajamiento de esta unión de la política con la Historia, que creyó traería consigo para la última la pérdi-

da de su *Ethos* y sus grandes puntos de vista. Frente a la disgregación positivista de la investigación declara su opinión Friedrich Meinecke, en su artículo necrológico sobre Sybel (*Historische Zeitschrift*, tomo LXXV, 1895), «de que el sentido idealista de la vida y el intenso sentido estatal de la generación precedente no debe ser en ninguna forma considerado como falto de actualidad». El conjunto de problemas que encontró la ciencia de la Historia alemana a la muerte de Sybel en 1895 resaltan en la dificultad de encontrarle sucesor en la dirección de la Revista. El método crítico, por el que en sus comienzos aún había luchado la *Historische Zeitschrift*, estaba ahora inquebrantablemente establecido, discutiéndose por otra parte la posibilidad y conveniencia de la unión de una severa ciencia histórica con la vida actual de la nación. Así escribe Meinecke en el año 1934 en la Introducción al tomo CL de la *Historische Zeitschrift* y en el primer centenario de Treitschke: «Aunque no sólo en aquella época, sino siempre, es necesario que la ciencia histórica, sienta las pulsaciones de la época; así es necesaria también la reflexión sobre hasta dónde debe dejarse llevar por estos impulsos.» A pesar de estas prevenciones contra la historia política, Friedrich Meinecke, como redactor de *Historische Zeitschrift*, eligió conscientemente a la extraordinaria personalidad de Heinrich von Treitschke, con lo que debía recibir «la idea básica de Sybel en la fundación de la *Historische Zeitschrift* una poderosa confirmación». Porque si Treitschke era el exponente de la más apasionada interpretación política de la Historia, «estaba en su origen fuertemente enraizado en el idealismo alemán... No olvidó a Goethe al pensar en Bismarck».

Pero Treitschke no consiguió imponer a la *Historische Zeitschrift* el sello de su singular personalidad. Murió pocos meses después de haberse hecho cargo de la dirección de la Revista. Entonces pasó ésta a las manos del hombre con cuyo nombre está hoy tan íntimamente unida, el historiador Friedrich Meinecke.

Ciertamente que en estas cambiadas circunstancias no volvió a alcanzar la *Historische Zeitschrift* el puesto de guía en la vida nacional, como en los primeros tiempos de Sybel y que en su especialidad tuvo que compartirle con otros órganos ale-

manes y extranjeros dedicados a las ciencias históricas, pero el carácter de la Revista se conservó. Frente al peligro de una universalidad puramente externa y un amontonamiento de erudición de estilo positivista, la *Historische Zeitschrift*, bajo la dirección de Meinecke, se ajustó a los principios básicos sentados por Sybel, «en la preferencia por aquellas materias relacionadas activamente con la vida actual y en el cultivo de los ensayos científicos que quieran animar y ennoblecer las más arduas materias». La gran tradición de la ciencia histórica alemana, que también en el siglo XX seguía operando en la *Historische Zeitschrift*, formaba la base de su independencia material y espiritual, que demostró, tanto en los años en que se discutían los métodos científicos como ante la llamada *Crisis del Historismo*.

Aunque siempre abierta a las polémicas intelectuales de la época, la *Historische Zeitschrift* vió su misión en «conceder la mayor importancia a una investigación positiva tan crítica, y al mismo tiempo tan llena de vida como fuera posible» (Meinecke). La renovada importancia ganada por la Edad Media en la conciencia histórica de nuestra época, fué tenida en cuenta por la *Historische Zeitschrift*, llevando a Albert Brackmann a colaborar en la dirección. Mientras Friedrich Meinecke, el autor de *Cosmopolitismo* y *Estado nacional* (1908, 7.ª edición, 1928), permaneció al frente de la *Historische Zeitschrift* vigiló por qué «tanto las arterias vitales universales como las nacionales» pulsaran en su Revista. Los positivos rendimientos conseguidos por la revolución nacionalsocialista en la renovación de los estudios prehistóricos y en la investigación racial y familiar, le animaron a admitirlos en la Revista, «siempre que estas investigaciones permitieran su examen crítico», ya que «sólo lo creado en virtud de un ansia de verdad científica podrá ser de duración» (Meinecke, prólogo al tomo 150 de la *Historische Zeitschrift*, 1934).

Pero la «juventud» revolucionaria no se conformó con demostrar su razón de ser mediante sus realizaciones científicas. Pasó al ataque personal y lanzó su anatema sobre toda la generación de historiadores de preguerra, los «decadentes sucesores de Ranke y Treischke». Con caballeresco gesto, defendió Mei-

necke en la *Historische Zeitschrift* a sus colegas, Hans Delbrück y Hermann Oncken, duramente atacados, y por última vez levantó su voz, advirtiendo que «la lucha apasionada por algo grande... puede ser beneficiosa y creadora, pero puede ser también temible y destructiva como el poder del fuego» (*Historische Zeitschrift*, CLII, 1935, en su reseña de *Kämpfende Wissenschaft*, de Walter Frank, Editorial Hanseatica, Hamburgo, 1934). En adelante no se luchó solamente por la pureza de la investigación científica como pedía Sybel. El barómetro señalaba tormenta y las bases más elementales de la existencia nacional y moral estaban en peligro.

En la corta época que sigue, de 1936 a 1944, en la que Karl Alexander von Müller dirigía la Revista, las exigencias totalitarias del nacionalsocialismo influyeron en la *Historische Zeitschrift*.

La nueva serie de la *Historische Zeitschrift*, que abre éste su primer cuaderno del tomo CLXIX está convencida de lo difícil de su misión «en medio de la más completa catástrofe alemana y de la sensacional revolución en todo el globo terráqueo». Como justificación de su empresa, recuerdan la dirección y la editorial en su prólogo las palabras conocidas de Jakob Burckhardt de que precisamente la «gran crisis» que comenzó con la Revolución francesa fué la que creó el sentido histórico, lo profundizó y ensanchó. Justamente el ensayo científico, tan íntimamente unido al estilo de la *Historische Zeitschrift*, «parece el más apropiado para el rápido pulso del presente, la amplitud de las perspectivas que permite, la variedad de nuevas orientaciones a que obliga... Hace de intermediario entre disciplinas próximas y pone el puente entre los sabios y los cultos. Eleva los resultados de la investigación a la conciencia histórica». Así espera la *Historische Zeitschrift*, apoyándose en su gran tradición, precisamente ahora, «poder ayudar en algo a la consolidación de nuestra perturbada existencia espiritual. Pues la época desorientada espera siempre y en primer lugar del historiador una interpretación de su situación».

Después de los artículos propios, se impone la *Historische Zeitschrift* la tarea de dar en su sección de recensiones un compendio de los trabajos científicos históricos nacionales y extran-

jeros. Especial atención se prestará al trabajo del historiador extranjero, «porque el éxito de nuestra iniciativa depende precisamente, de si se consigue neutralizar los años de aislamiento y si se puede volver a enlazar con las corrientes espirituales del mundo».

El cuaderno actual se divide en dos partes aproximadamente iguales: «Artículos y Miscelánea» e «Informe bibliográfico».

El conocido historiador de Brandenburgo-Prusia, Fritz Hartung, Berlín, contribuye con un comentario escrito en 1944 y destinado en aquella época a figurar en el proyectado homenaje en el 60 aniversario del historiador Villy Andreas de Heidelberg y leído luego en una sesión de la Academia de Ciencias de Prusia, que versa sobre las palabras atribuidas a Luis XIV, «L'Etat c'est moi». En vista de los resultados de la investigación crítica, que hacen dudar de la autenticidad de esta frase (A. Chéruel), emprende Hartung el análisis, basándose en las llamadas *Memorias del Rey*, con instrucciones para el *Delfín* (*Ouvres de Louis XIV*, ed. 1806, tomo I, II, primera edición crítica por Ch. Dreyss, dos tomos, 1860, texto moderno sin aparato crítico de J. Longnon, 1927), sobre si la frase, independientemente de la historia de su creación, considerando el espíritu y concepción estatal de Louis XIV, expresada en este escrito, puede considerarse como «de feliz creación». Después de un detenido análisis, en cuyo curso se destacan interesantes paralelismos y diferencias con los comienzos del absolutismo monárquico, cual se refleja en las instrucciones y testamentos de Carlos V para el Príncipe Felipe, llega Hartung al resultado, que la frase «L'Etat c'est moi» «ni por las palabras empleadas ni por el sentido» encuentra confirmación en las *Memorias*. La misma impresión se saca de los restantes escritos políticos del Rey —Hartung cita el tratado *Sobre el oficio de Rey* del año 1679 y las instrucciones para su nieto, el Rey Felipe de España (nuevamente editadas por Longnon como apéndice a las *Memorias*, páginas 280-286)— y del escrito de Bossuet, *Politique tirée des propres paroles de l'écriture sainte*. Aun cuando habla de «su Estado» o de «sus Estados» se aprecia que entiende a este Estado, frente a su personalidad individual y perecedera, como una colectividad duradera superior en rango (pág. 18). A pesar

de esto se conoce en las *Memorias* «que el absolutismo monárquico de Francia había alcanzado una altura que era ya casi imposible sobrepasar, más aún, que el peligro de exageración estaba cercano y se convertía en realidad» (pág. 21). Ya en la época en que surgieron las *Memorias* (1666-1671) se acusaba «entre el modelo del Soberano por la Gracia de Dios... y la realidad tal como se manifestaba en Louis» una gran distancia que fué aumentando por las prácticas gubernamentales de los siguientes años, sobre todo tras la muerte de Colbert: «la absoluta sumisión al poder del Rey de todos los poderes hasta ahora independientes, llevó a que Louis, si bien cumplía con los deberes oficiales de su regio cargo, la dirección de los negocios de Gobierno, con una escrupulosidad que con los años fué en aumento, materialmente toda su actividad era dedicada exclusivamente a su persona, su fama y, en todo caso, a los intereses de su dinastía, sacrificando para esto, sin preocupaciones, todas las fuerzas del Estado».

Por ello, según Hartung, la frase «L'Etat c'est moi», «a pesar de todo lo que se ha podido comprobar sobre las teorías políticas de Louis, puede ser considerada como una acertada caracterización de las prácticas de gobierno de Louis XIV». Este juicio se confirma por las ya perceptibles críticas que a partir del año 80 hacían los contemporáneos sobre lo exagerado del régimen personal monárquico.

Hartung cierra su investigación con un panorama de la utilización tipológica de «L'Etat c'est moi» para caracterizar el concepto que del Estado tienen otras personalidades absolutistas. La interpretación personal de los derechos del Soberano, del Rey Federico Guillermo I de Prusia, tiene como contrapeso «un muy vivo sentido del deber y la responsabilidad con fundamento religioso» (pág. 26).

Napoleón justificó su absolutismo personal por la salvación del Estado del caos de la Revolución y por la concentración y unión de todas las fuerzas y, sin embargo, también cayó en el peligro «de olvidar el verdadero interés del conjunto ante las propias inclinaciones» (pág. 27). Como ejemplo contrario nos recuerda Hartung el absolutismo ilustrado de Federico el Grande y la frase de Bismarck: «Moi, je suis l'Etat», que carac-

teriza «la total entrega del estadista al Estado, al que considera como su obra». Sin embargo, «la concepción estatal expresada en «Moi, je suis l'Etat» presenta siempre el peligro de que la ambición personal domine el concepto del deber frente al Estado, que el yo, en lugar de confundirse con el Estado, lo suplante y arrastre al país a aventuras de política exterior. En la lucha contra esta tentación (valgan como ejemplos Federico II y Bismarck) se prueba la grandeza espiritual del verdadero hombre de Estado que sacrifica los deseos y tentaciones de su corazón a la bien entendida razón de Estado, que entrega su yo al Estado y a sus intereses duraderos (página 29).

Las *Reflexiones sobre la Historia del Mundo*, de Jakob Burckhardt, comentadas en el segundo artículo por Rudolf Stadelmann, nos llevan desde la consideración del Soberano y del hombre de Estado al mundo ideológico de Burckhardt, quien es tenido por la Historia alemana profesional como el crítico radical del Poder (v. Werner Kaegi en la Introducción a las *Reflexiones sobre la Historia del Mundo*, Berna, 1941) y como vidente intérprete de las crisis históricas, hoy más que nunca convertido en guía para el análisis histórico de los acontecimientos inmediatos.

La investigación de Stadelmann se basa en el primer estudio crítico de los legítimos autógrafos de Burckhardt, de los cuales obtiene la justa medida para enjuiciar las *Reflexiones sobre la Historia del Mundo*, como aparecen en la versión del sobrino de Burckhardt, el filólogo de Basilea, Jakob Oeri (v. la arriba citada nueva edición de W. Kaegi «Según el texto de Oeri», en que simplemente se añadieron las partes que Oeri había retirado en el último momento antes de ser impresa la obra). La comparación del texto de Oeri con sus antecedentes demuestra, contra las anteriores opiniones, que «con razón podemos ver en las *Reflexiones sobre la Historia del Mundo*, un trabajo propio por completo de Burckhardt, que él mismo ordenó y dispuso para la impresión y sólo faltó del repaso estilístico. Tan sólo el título no procede de Burckhardt, sino que fué puesto por Oeri tras algunas vacilaciones. Oeri se encontró ya con un manuscrito completo que, indepen-



diente ya del objeto inmediato de un curso universitario, «en su ordenación y construcción, en la numeración de sus páginas y en la precisión de la palabra empleada, constituía el manuscrito para un libro que debía llevar el título *Sobre el estudio de la Historia*» (pág. 33). Según esto, no debió ser el año 1868 en que Burckhardt preparó el primer esquema para su curso académico, sino 1873 cuando puede considerarse fué creado el libro en su forma actual.

Aunque según esto no se trate simplemente del texto para un curso y dos conferencias académicas, sin embargo, no carece de importancia el que sea Basilea donde nació esta obra de Burckhardt. Así escribía ya él en 1863 (10 de octubre) a Emanuel Geibel: «Las cinco tablas que forman mi tribuna tienen de bueno el que por lo menos no sea yo pangermanista ni particularista, ni necesito predicar, ni etc., etc., sino que puedo en todas las formas dar mi opinión». (Cit. según W. Kaegi, *Introducción a las Reflexiones sobre la Historia del Mundo*, Berna, 1941). Así llama Gerhard Ritter a Jakob Burckhardt «el único historiador alemán de la época liberal que vió sin velamientos idealistas lo demoníaco del Poder. Pudo verlo así porque con toda su voluntad y su obstinada consciencia de sí mismo, como suizo alemán, se mantuvo separado del movimiento nacional político alemán» (en *Dictadura y utopía, sobre la lucha por lo demoníaco del Poder desde Machiavelli y Morus*, Munich y Berlín, 1940, pág. 176, cit. según W. Kaegi, loc. cit., página 39).

Al mismo tiempo en el que Burckhardt ante los «precipitados» acontecimientos se aislaba en su cátedra de Basilea, podemos señalar conceptos epistolares que anuncian su aproximación a la filosofía de Schopenhauer. «Había en esta doctrina de pesimismo filosófico, que por entonces marcó la dirección de Wagner, Nietzsche, Wilhelm Raabe y otros varios, muchas cosas que la acercaban al sentido de la vida de Jacob Burckhardt» (página 40).

Partiendo de aquí encuentra Stadelmann un nuevo punto de vista para la comprensión del pesimismo de Burckhardt, «que se manifestaba más en la esfera histórica que en la filosófica». El pesimismo de Burckhardt no es absoluto, es más

bien el resultado de sus meditaciones críticas de la época actual y «las singulares y atrayentes doctrinas esotéricas de la filosofía de Schopenhauer» significan para él en primer lugar «una confirmación de su sombrío diagnóstico de la época».

Stadelmann reconoce en las *Reflexiones sobre la Historia Mundial* dos motivos que se cruzan, «el comienzo de una filosofía de la historia vista más desde el hombre que sufre que del que actúa» y el análisis crítico del presente, que conduce a ocuparse del carácter de las crisis históricas. El definitivo debilitamiento del racionalismo en forma del optimismo progresista de la «época de los fundadores» (época en la que se precipitan después de 1871 las empresas económicas, especialmente en Prusia) trae a la conciencia del historiador la necesidad de una crítica de las teorías de Hegel y de una revisión del hasta entonces válido concepto de la historia. Y así llega Burckhardt, sin abandonar su base de racionalismo, como hicieron los Kierkegaard, Nietzsche, Görres y Schelling, a su «balance pesimista de la historia universal: «Precisamente en las tremendas fases finales de una época de la cultura es cuando se muestra este intrépido conocimiento como la única razón de la existencia».

Desde este fondo general emprende Stadelmann la ordenación de las *Reflexiones sobre la Historia del Mundo* en la labor científica de Jakob Burckhardt y a delimitar su posición histórico-filosófica contra Ranke y Hegel. Frente a muchos intentos de interpretar la personalidad y concepto del mundo del historiador de Basilea, en relación con la situación espiritual de su época, tiende a limitarse Stadelmann a «colocar a Jakob Burckhardt entre Goethe y Hegel, entre Schopenhauer y Ranke (y en su descendencia), como hombre destacado del siglo XIX, cargado con el trabajo, en una época en la que ya nuevas ideas escépticas, sociológicas y naturalistas circulaban y hasta él llegaban, de ser el gran mediador entre el clasicismo y el historicismo que el siglo debía a la cultura espiritual alemana». No pudo dar Burckhardt la última aclaración teórica del problema por él visto: «pero debemos estar agradecidos de que en su existencia resistiera sin capitular en ninguna dirección la tremenda tensión entre la norma clásica y la necesidad histórica, la cultura y lo perceptible» (pág. 67).

Frente a todas las transformaciones y relatividad de los acontecimientos, lo más precioso que debemos guardar es la continuidad espiritual, la conexión de la cultura occidental antigua: «Saturarse con la gigantesca herencia de esta tradición y convertir todo el mundo pasado y presente en propiedad cultural, es la más alta misión del hombre europeo» (pág. 69).

\* \* \*

Con la siguiente colaboración de Gisbert Beyerhaus sobre *Necesidad y libertad en la catástrofe alemana. Reflexiones sobre el último libro de Friedrich Meinecke* (Fr. Meinecke: *La catástrofe alemana. Consideraciones y recuerdos*. Wiesbaden. Editorial Brockhaus, 1946, 177 págs. —del que se tratará en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS—), nos encontramos en medio de los problemas cuya solución exige de la crítica histórica el pasado inmediato. El trabajo de Beyerhaus se concentra en el capítulo VIII del libro de Meinecke, *La casualidad y la generalidad*, «ya que para esclarecer la catástrofe alemana forma este capítulo indiscutiblemente el núcleo y la llave de la tesis de Meinecke». Además constituye una importante contribución a la filosofía de la historia del presente.

De nuevo obliga la experiencia histórica a divergencias con Hegel. En el sistema panlogístico de Hegel no había sitio para la casualidad. En presencia de la catástrofe alemana se vuelve Meinecke contra «el concepto banal, medio fatalista, medio pragmático, según el cual todo ocurrió como tenía que ocurrir. Por un lado, exige el razonamiento teórico, según su parecer, que no se aparte de la historia el factor libertad... Pero también la renovación moral del pueblo alemán y la responsabilidad de los llamados a actuar después de la catástrofe, por lo tanto, motivos prácticos, además, prohíben aceptar el envenenamiento del hitlerismo como un destino inevitable» (pág. 74). Ya en la introducción a la edición del *Príncipe* en *Clásicos de la Política*, tomo VIII, 1923, expresa Meinecke su convencimiento de «que hay que aceptar firmemente la polaridad de *virtù* y *fortuna* en el sentido que los entiende Machiavelli».

En vista de la revolución de los conceptos tradicionales de

la causalidad en la ciencia natural moderna adquiere el momento de la casualidad un nuevo aspecto: «la creación de un despotismo asiático entre los Vosgos y los Urales, planeado ya por Hitler antes del año 1939, en que empezó la guerra, representa *de facto* la inesperada intervención en la historia occidental de un factor extraño» (pág. 76). Aunque Meinecke, al igual que Ranke, renuncia a conocer el objetivo de la historia universal, ve su labor como historiador del presente en «analizar la violenta aparición de lo satánico como una consecuencia de necesidad y libertad». Está de acuerdo con el P. Max Pribilla, S. J., que dice: «No es Hítler el problema ante el que nos encontramos, sino el peligro de su contagio».

La catástrofe del pueblo alemán, vista por Meinecke como crisis histórica evitable, la pone Beyerhaus en comparación con la interpretación que de la Revolución francesa dan, después de Tocqueville, Adalbert Wahl y últimamente Pierre Gaxotte, Jacques Bainville, Augustin Cochin y Jacque Maritain (*Principios de una política humanista*, 1944 y *El fin del maquiavelismo*, en los *Cuadernos de Francfort*, núm. 1, agosto 1946). Según esto, la situación de Francia antes de la Revolución no explica la explosión de ésta. El momento crítico para el *Ancien régime* empieza «cuando las llamadas Sociedades de pensamientos (Sociétés de pensées) organizaron en sus clubs el envenenamiento de la opinión pública (1769-80)». Entonces, «cuando la consciencia acepta determinadas exigencias, entonces se da el peligro de la perversión» (J. Maritain). Desde este punto de vista quiere reconocer Beyerhaus temas de investigación paralelos entre la historia anterior a los jacobinos y la anterior a Hítler.

Las «inevitables tendencias al hitlerismo» las ve Meinecke en el marco europeo de la «gran crisis» analizada por Jakob Burckhardt. Las íntimas relaciones entre democracia y cesarismo, señaladas por el gran historiador de Basilea como indicio de una cultura en decadencia, es un problema occidental y no sólo alemán (Meinecke). Precisamente fueron los acontecimientos franceses de mediados de siglo los que hicieron que Burckhardt levantara su voz para prevenir contra los *terribles simplificadores*. Pero mientras que la crítica de la época y sociedad

de Burckhardt se mantiene en el terreno de la moral, se ve obligado Meinecke a tener en cuenta hasta las más toscas y elementales causalidades «porque en último término se trata de la suerte de los grandes valores culturales del Occidente» (Meinecke, loc. cit., pág. 13). Esta «más elemental y más dinámica causa del proceso de la transformación universal del Occidente» es «el rápido aumento de las masas de población desde el principio del siglo XIX, de 180 a 460 millones entre 1800 y 1914».

Beyerhaus describe a continuación los pensamientos de Meinecke sobre las dos grandes oleadas del siglo XIX, la socialista y la nacional, «que quizá fuera en Alemania donde se cruzaron más que en otros pueblos». En el movimiento de Friedrich Naumann se ve claro que la fusión del socialismo con el nacionalismo era una de las «grandes ideas objetivas de la época». «La participación de Hítler en estas inevitables tendencias no se puede negar, aun cuando de acuerdo con Meinecke se aprecie el carácter punible» (pág. 79). Respecto al segundo fenómeno histórico, enunciado por Meinecke, «la autodestrucción del parlamentarismo», Beyerhaus señala el influjo espiritual del dogmatizador de *L'Action Française*, Charles Maurras, quien «más allá de Francia socavó los valores políticos, refundiéndolos en sentido antiliberal», obteniendo así una interesante relación con la teoría *amigo-enemigo* del profesor de Derecho de Berlín, Carl Schmitt.

Las deducciones sobre las «fuerzas de defensa en la República alemana» contribuyen nuevamente a debilitar la tesis sobre la fatalidad en el desarrollo de los acontecimientos. El hecho de que las potencias occidentales dejaran pasar sin aprovecharle el momento propicio para ofrecer una oportunidad al Gobierno democrático alemán aparece en la Historia a una luz trágica: su estudio conduce a la pregunta, «¿cuándo se decidió la crisis, latente durante dos años, a favor de Hítler?».

La respuesta lleva de nuevo a Beyerhaus a los dominios de la especulación filosófica; hay que fijar el momento psicológico en el que un movimiento revolucionario adquiere la convicción del triunfo sobre lo viejo. Esa convicción es lo decisivo y no la toma del Poder en sí. Esta irrupción de algo incontrollable se la representa Beyerhaus como el concepto platónico

del *Parmenides*, la *presencia instantánea*, situada entre Movimiento y Reposo, *fuera del tiempo*. En Hegel encontramos esta noción en el *Salto cualitativo*. Este momento fatal, en el que la casualidad se convierte en necesidad irremediable, cree verle Beyerhaus en la Conferencia celebrada el 4 de enero de 1933 en Colonia, entre von Papen, Hitler y el coronel von Hindenburg, hijo del presidente del Reich, y que llevó a la alianza entre el NSDAP y la industria pesada alemana. Así se salvó el Partido de Hitler, que se encontraba en un período de debilitación, de la catástrofe financiera, y, al permitir el triunfo electoral de Lippe-Detmold, el 15 de enero de 1933, sirvió para vencer la resistencia ofrecida por el anciano presidente del Reich.

Si estudiando el libro de Friedrich Meinecke nos encontramos con frecuencia en el mundo de las ideas de Jakob Burckhardt, con el artículo necrológico de Willy Andreas sobre Johan Huizinga (7 diciembre 1872-1 febrero 1945) entramos en el terreno de otro de los grandes cultivadores de los valores culturales occidentales y crítico sensible de nuestros tiempos (en la pág. 111 de este Cuaderno se encuentra también la recensión por el mismo autor del estudio autobiográfico que nos legó Huizinga, *Mi camino a la Historia*). Andreas presenta al gran historiador neerlandés de la cultura como una personalidad que, guiada por impulsos independientes, artísticos, no se deja situar fácilmente dentro del desarrollo de la Historiografía. Como Jakob Burckhardt, al que debe mucho, se apartó de la especulación histórica unilateral. «La apreciación y reproducción vivas de las cosas era su más íntimo deseo». Observamos también cómo bajo el influjo de la invasión de los amenazadores signos del presente el historiador se convierte en un crítico de la Cultura. Entonces renuncia Huizinga a seguir los caminos de Burckhardt con una nueva crítica de la sociedad del siglo XIX, y realizó su diagnóstico sobre «la enfermedad cultural», refiriéndose al siglo XX. (J. Huizinga: *Entre las sombras del mañana*, 1936). «En más de una ocasión se ve claramente que amplía la perspectiva de algunas de las reflexiones sobre la Historia del Mundo de Burckhardt» (pág. 100). Con el humanista de Basilea estaba conforme en su aversión

al avance de la idea de deificación del Estado. Andreas ve en esta obra de Huizinga «una de las más importantes contribuciones al esclarecimiento de los motivos del desastre del mundo occidental» y a la «patología política» de nuestra época. Y prestamos especial atención cuando a continuación dice: «Casi podría suponerse que la amplia visión universal, que evita echar sobre un solo pueblo la culpa de los trastornos espirituales y morales, sino antes bien, descubre las raíces del daño de los males tan extendidos, será lo que aumentará en el futuro la eficacia de esta obra de Huizinga en el sentido de un reconocimiento no influenciado» (pág. 101).

No sorprende que Huizinga, descendiente de una severa familia menonita holandesa, deje en su legado, en sencillo espíritu cristiano, la idea de que para empezar de nuevo es necesaria la renovación interior del hombre. Es el pensamiento siempre vivo en la tradición religiosa holandesa de la simplificación y limpieza de la Vida. Acto seguido presenta la petición de «Justicia en la vida del individuo como de los pueblos y el precepto de la *Sophrosyne*, para que un cosmos desorganizado llegue a la Paz y Concordia, al Equilibrio y la Armonía» (página 104).

Nos hemos ocupado con relativo detenimiento de estas colaboraciones porque parecen arrojar una significativa luz sobre la situación espiritual y la Problemática de la Ciencia histórica alemana de la actual postguerra. Es la gran revisión del cuadro histórico, emprendida con profunda seriedad crítica, la que se nos presenta como fundamento del esfuerzo científico. No es el Estado el que se pone en primer término como el más importante fenómeno histórico, como en Ranke y en la literatura histórica del siglo XIX, sino los grandes valores morales como fundamentos de nuestra amenazada cultura occidental. Como caudillo y animador para estas históricas vueltas a sí mismo y limpieza propia, encontramos siempre al gran pensador de Basilea, Jakob Burckhardt, que en su imperturbable solicitar el conocimiento objetivo, señala también al actual historiador su punto de vista contra los poderes demoníacos que nos acosan. No es un azar que nos encontremos al sabio holandés Johan Huizinga compartiendo este

punto de vista con el suizo Jakob Burckhardt. ¿No son precisamente los representantes de los países vecinos del mismo origen, unidos a Alemania por la vieja cultura, que salvaron los valores que ésta estaba a punto de perder en su catástrofe y los que podrían ayudar en el intento de los alemanes de volverse a encontrar a sí mismos y renovar el contacto con el mundo?

La parte bibliográfica que, al lado de las nuevas publicaciones alemanas, intencionadamente, tienen en cuenta los libros y revistas inglesas y norteamericanas modernas, y en Alemania todavía desconocidas, sigue esa tendencia de abrir la ventana tanto tiempo cerrada. De especial interés es un detenido examen de la bibliografía sobre la *resistencia alemana* (pág. 136-161), en el que por primera vez se intenta emprender una selección y apreciación de todo el material hasta ahora conocido. Un mérito especial tiene el que se hayan tenido en cuenta todas las noticias, muy numerosas, aparecidas en la prensa diaria y otras publicaciones periódicas y discusiones, siempre que procedan de buenas fuentes o hayan contribuido a esclarecer el punto de vista crítico. La leyenda inventada por la propaganda de Goebbels de un «grupo» de descontentos, que en su día y sin espíritu crítico fué aceptada en el exterior, debe desaparecer ante la verdad histórica de la oposición alemana.

De cómo sufrió la ciencia histórica alemana da fe la lista de muertos en los pasados años, lista que, en dos columnas, ocupa dos páginas enteras.

Junto a los conocidos nombres de la vieja generación, Karl Brandi, Johannes Haller, Otto Hintze, Robert Holtzmann, Hermann Oncken y Ulrich Wilcken, se encuentran los nombres de numerosos sabios jóvenes, víctimas de la guerra. La lista dista mucho de ser completa y la medida exacta de esta tremenda sangría podrá obtenerse cuando la *Historische Zeitschrift* en cuadernos posteriores publique la proyectada lista de pérdidas de la nueva generación científica.

BERTHOLD BEINERT